

La oda del siete

María Flin

Me traicionaste. Eso es lo único que sé. Te vi de madrugada delante del número siete de nuestra calle. Tus brazos en su cuello se multiplicaban por tres más uno. Te vi empinada, de puntillas, para acceder con holgura con tu boca a su boca. “Como dos adolescentes encelados”, anoté en mi cuaderno y entré en la iglesia de enfrente. Busqué el altar de la virgen dolorosa, la que se representa con un corazón traspasado por siete cuchillos. Le arranqué el símbolo y me lo prendí en el pecho. Como un pink. Compré velas en los chinos, compré champán y siete ramos de rosas de siete colores diferentes. Esa noche, apestando a aromas blancos de Adolfo Domínguez, abracé siete veces tu desnudez enorme y, en la séptima, al mismo tiempo que te penetraba, te clave en las costillas, con el pink de la dolorosa, siete puñaladas traperas de olvido.

Después de tu muerte, ocuparon nuestra casa unos fantasmas que se sentaban en tu silla, insonorizaban tus pasos en la entrada, guardaban sus trapos en tu cajón de la cómoda y se acostaban en tu lado de la cama. Eran siete. Les gustaba la moda y jugar conmigo al escondite. Cuando presentía que se me iban a aparecer, para que no me sorprendiesen, intentaba adivinar el estilo y la textura de la sábana que se pondrían. Luego se vestían con estampados sorpresa, se metían en mis tripas y siempre me asustaban.

Los fantasmas cuidaban mucho su look. A menudo organizaban pases de moda. Se movían imitando a la Schiffer, a la Crawford, a la Adriana Lima y a la Miranda Kerr. Todos querían parecerse a las grandes top model, menos uno que era muy poca cosa y se tenía que contentar con imitar a la Twiggy, una delgaducha minifaldera de los sesenta.

Los desfiles solían montarlos los días siete de cada mes. Un día, que no era siete, desfilaron durante más de seis horas y cincuenta y nueve minutos por el pasillo de mi casa: arriba y abajo, arriba y abajo.

Al día siguiente la vendí. Allí los dejé a todos con mi cuaderno de notas que aún tenía siete páginas en blanco. También dejé un sillón orejero, una colección de siete libros de Saber Vivir y mi bañera. Usaba mucho mi bañera y mi sillón orejero. Ahora ya no me ovilló en el sillón ni me obnubilo con el vaho de un baño caliente. El sillón no lo tengo, ni tengo el miedo metido en las tripas. Tampoco tengo ya bañera ni la nebulosa tibia que despedía el agua. Todo eso se quedó en la casa.

Y así estoy: uno, sin casa; dos, sin cuaderno; tres, sin baño; cuatro, sin sillón; cinco, sin abrazos; seis, sin miedo y siete, sin ti.

Son los siete 'sines' afilados con los que te abrí las carnes. Por los agujeros de tu carne abierta me asomo y veo a los siete fantasmas, que se niegan a dejar la casa. Ya no hacen desfiles. Visten su sábana de albañil, y trabajan afanosamente el cemento y la arena para hacer una rehabilitación en tu traición y mi vacío.